

El desnudo de Marisol

Daniela Astor y la caja negra

Marta Sanz

Anagrama. Barcelona, 2013

267 páginas. 16,90 euros

(electrónico: 12,99)

Por Javier Goñi

MARTA, LA INCREÍBLE niña de 11 años de *La lección de anatomía* (RBA, 2008), una excelente novela que no tuvo quizá el eco que se merecía, tardó mucho en aprender a atarse los cordones de los zapatos. Y eso determina tu manera de mirar alrededor, descubrirte y descubrir el mundo que te circunda. A Catalina Hernández (pronto, y para siempre, H.: en estas novelas, los padres se velan como un carrete de máquina antigua imprudentemente abierta) Griñán, Cata, la increíble niña de doce años de *Daniela Astor y la caja negra*, una excelente novela que Marta Sanz (Madrid, 1967) acaba de publicar, no le gusta el pescado frito. Y eso, qué duda cabe, determina tu manera de mirar alrededor, descubrirte y descubrir el mundo que te circunda. Entre medias, dos novelas protagonizadas por un detective muy especial, raro, rarito, del que no sabemos, creo, si tardó en aprenderse lo de los cordones, o a no hacerle ascos al pescado frito. En las dos novelas de Zarco el detective (*Black, black, black*, 2010, y *Un buen detective no se casa jamás*, 2012), el mundo circundante era

un barullo de voces, de ruidos, de miradas, de gestos.

En *Daniela Astor...*, Catalina H. Griñán, la niña a la que no le gusta el pescado frito, se evade de su realidad, perdiéndose en los laberintos de espejos —espejos o cajas negras—, espejos que refulgen como teselas de aquellas bolas inmensas que pendían, girando, sobre las cabezas discotequeras de aquellas fiebres de sábado noche de cuando entonces. Destripando cajas negras, hurgando entre sus vísceras, Marta Sanz ha hecho una valiosa novela —originalísima— sobre los usos amorosos de la Santísima Transición, sí, pero también sobre los usos amorosos de transición.

En movimiento esa bola discotequera de mil reflejos, de mil espejos, busca Sanz la complicidad cinéfila de los aficionados, friquis del cine S, del cine del destape, imágenes, recuerdos que son como espejos donde se miraba o se disimulaba una sociedad que estaba cambiando, la velocidad a discutir, por determinar. Bola discotequera de fiebre de sábado noche donde asomaban también las vidas derrotadas de todas aquellas —algunas— *barbies* rotas, desde Amparo Muñoz —de acuerdo con Cata, la más guapa de todas— hasta la Cantudo, el primer desnudo del cine español —en YouTube lo rancio siempre lo parece aún más—, pasando por Bárbara Rey —desternillante la caja negra de su intervención televisiva—, o por la celeberrima escena pánica entre un viejo (profesor, mudado en

alcalde de villa y corte) y la Susana, que eran dos, primas, una Susana, otra Blanca, las Estrada. Y en frase aparte, el icono fotográfico —de César Lucas—, aquel desnudo de Marisol.

Lo original de Marta Sanz, su acierto total, es que debajo de esa bola discotequera que gira y gira y refulge más que el imperio de Felipe II, una niña de 12 años intenta pasar de niña a mujer soñando con otros códigos y otros valores, los falsos oropeles del cine, esa fábrica de ensueños, a la vez que asiste, mientras rechaza el pescado frito de la cena, palabras las justas, miradas todas, al cambio de un tiempo llamado de transición, en el que una familia se viene abajo, la suya, porque todavía se penaba con cárcel una decisión tomada libremente por una mujer.

Las cajas negras, despanzurradas, al final de la novela, esos restos de naufragio de una transición, esos confetis de mil colores con las piernas larguísimas de la Carrá, ese desnudo frontal —frontal, se valoraba mucho— de la Cantudo tan ridículo a estas alturas, o el de Marisol, tan artístico, dónde va usted a comparar, todo esto y más, traído y llevado muy acertadamente a lo largo del relato por la autora no distrae de lo esencial: esa caja negra, descuajeringada también, donde intenta levantarse, recomponerse, una niña que soñaba con ser Daniela Astor y que oye cómo su madre, al salir de prisión, le llama Catalina. Esa niña que ya ha dejado de serlo. Ha despertado. •